

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE ALTA DE SAN PEDRO, 2
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN
España 3 pesetas trimestre
Extranjero 8 francos »
Número suelto 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año I

Barcelona 12 de octubre de 1907

Núm. 2

SUMARIO

Ansias patrióticas.

El Parlamento español, por los Senadores D. ALBERTO RUSIÑOL y el BARÓN DE ESPO-NELLÁ y los Diputados á Cortes D. J. GAR-RIGA MASSÓ, D. PEDRO MILÁ Y CAMPS, don J. CABALLÉ y GOYENCHE y D. JOSÉ PUIG Y CADAFALECH.

Carta á un sacerdote novel, por don A. PONT Y LLODRÁ, Presbítero.

Internacionalidad barcelonesa, por don R. CASELLAS.

Los jardines del Renacimiento Catalán:
Eugenio d'Ors, por D. José M.^a López y Picó.
Fragmentos del Glosario, de Xenius.

Documentos de opinión:

El proyecto de Reforma de Administración Local. I. Informe de la Lliga Regionalista.

Notas internacionales:

ALEMANIA. — *Política internacional; habla el Kaiser*, por D. M. Vidal y Guardiola.

FRANCIA. — *Política socialista.*

AUSTRIA-HUNGRÍA. — *El compromiso*, por don José Martín Sabat.

La semana:

POLÍTICA. — *Cataluña en Galicia*, por don J. Torrendell.

TEATROS. — *El Teatro Catalán. Orientaciones*, por D. R. Marquina.

MÚSICA. — *Los conciertos Lassalle. Max Re-gier*, por D. E. Vallés.

La Prensa catalana.

Para el número próximo:

Juicios sobre el proyecto de Maura

¿Qué opina V. de "El Imparcial"?

A ocho días de distancia todavía se está comentando el discurso que en la «Lliga Regionalista», pronunciara el caudillo catalán D. Francisco Cambó. Solamente que los hombres serios, reflexivos, de acción fecunda, aplauden aquellas palabras de concordia, invitando al Gobierno del Sr. Maura á elaborar una ley que sea producto patriótico de todas las representaciones del país; mientras que ciertos diarios de la Corte y los anti-solidarios de Barcelona, no han hallado en aquella peroración, preñada de conceptos elevados y anhelos generosos, más que tema de murmuración de comadres y motivo para suponer discordias y disidencias entre las personalidades ilustres que constituyen la cabeza visible de la Solidaridad Catalana.

Aquí en Barcelona no ha podido arraigar la semillita echada por los maliciosos en el surco de la jefatura catalanista. Cataluña no es tierra abonada para absolutismos y dominios supremos. Jamás lo ha sido. Sin que esto quiera decir que en un momento dado la opinión serena y consciente no se haya entregado con resolución á las felices inspiraciones de un catalán afortunado en sus actos, como se pone la confianza en el banquero á quien el talento, la prudencia, el éxito acompañan en todas sus operaciones financieras. Precisamente es esta una de las características del pueblo catalán: la lealtad después de una acertada elección.

Mas hay que advertir que en esta tierra ciertas palabras no tienen igual significado que allí donde imperan las oligarquías políticas al uso. El instinto popular concédeles otro muy distinto. Jamás se proclaman jefaturas vitalicias y dictatoriales. El hombre que disponga á su antojo de los destinos del pueblo, es aquí cosa desconocida, una aberración. Y es que la fuerza de Cataluña ahora y siempre ha estribado en la conciencia de la colectividad, en un conjunto que piensa, que quiere, que va á un punto determinado.

Pero precisamente, por esto, ahora y siempre las colectividades catalanas han nombrado un jefe, un director, un presidente, uno, que, identificado con el ideal de todos, encauce los elementos individuales, disponga de las energías de cada uno, represente en cada caso la sociedad y resuelva, siempre que sea preciso, la acción de momento. Porque, por experiencia propia aprendida en su

mismo negocio particular, sabe el catalán que no existe la vida triunfadora sin una suprema dirección, sin una disciplina completa, sin una responsabilidad. Posee la ciencia de saber esperar, y, mientras ve que la dirección es lógica, es sensata, es la que *debe* ser, desprecia los resultados circunstanciales, ó, por lo menos, no los considera razones poderosas para tomar resoluciones definitivas.

La primera condición del asociado es tener fe y obrar lealmente. Hoy el catalán la tiene puesta toda en el joven diputado Sr. Cambó, y, lejos de abrigar sospechas de lamentables equivocaciones, espera lógicamente que han de acompañarle para bien de todos, de Cataluña y de la propia España, su precisa visión de una política realista, su voluntad infatigable y férrea, su actividad física é intelectual y su patriotismo ardiente, avasallador, que le ha llevado á los mayores peligros en el cumplimiento de su deber cívico.

Por esto es que los comentarios de aprobación y encomio han ahogado el chismorreó malicioso y bajuno. En las fogosas palabras de Cambó, recabando libertad absoluta para su acción en la nueva política española, han fulgurado ansias inmensas de laborar intensamente y de llegar á una solución que, aunque intermedia, dé tiempo y substancia á los ciudadanos que han de reconstituir la vida regional, autonómica, nacional, en el recto y positivo significado del vocablo. Anunció sus propósitos de lucha individual, precisamente después de haber invitado al Sr. Maura á realizar obra patriótica, obra de concordia, obra exclusiva de la representación del país. Sólo así cabe la elaboración de una ley duradera, que se cumpla y favorezca las aspiraciones de la colectividad. Y lo proclamó muy alto: Maura es el que dispone de la paz ó de la guerra. Su intransigencia, facilitada por la idolatría de sus partidarios, que en el Parlamento son los más, puede entablar lucha cruel, infecunda, ignominiosa. Haría triunfar su raquítico proyecto de Reforma Local; pero no vería jamás cumplida la Ley. Porque los pueblos no otorgan su consentimiento práctico á lo legislado con olvido absoluto de sus aspiraciones supremas.

Esto dijo Cambó, y tuvo el acierto de interpretar las ansias patrióticas de Cataluña. Por esto la representa con legitimidad indiscutible.

≡ El Parlamento español juzgado por los solidarios ≡

Si en España el régimen parlamentario no fuese una ficción, y los representantes en Cortes, imbuidos de la alteza de su cargo, obedeciesen siempre á las inspiraciones del bien público, yo no concibiría duda alguna sobre el éxito de las futuras campañas; porque las nuevas orientaciones que Solidaridad predica, apareciendo sobre el fondo desastroso de un siglo de centralismo y de inconscientes idealismos, se impondrían con la fuerza lógica de un corolario. Pero el vicioso sistema imperante inclina tanto á la desconfianza, que mis esperanzas se cifran mucho más que en la verdadera y positiva acción parlamentaria, la discusión, en la persistente protesta de la opinión de Cataluña, y en la lenta irradiación de sus ideales sobre las demás regiones españolas.

El Estado está regido por un solo poder que absorbe todos los atributos de la soberanía, y ante él, por muy duro que nos parezca, nuestros discursos tendrán el valor de simples memoriales, porque el único derecho constitucional verdadero en España, es el derecho de petición.

Si las mayorías del Congreso y del Senado fuesen capaces de condensar la opinión del país y de apreciar con desinteresado y patriótico criterio las necesidades del Estado, estas mismas Cortes antes del término de su vida legal, habrían resuelto el problema orgánico planteado por Cataluña; mas estas mayorías, como todas, no son más que un instrumento de gobierno adaptado á la farsa constitucional, que se doblegarán servilmente á la voluntad de su jefe.

Y el jefe ha dicho: tendréis lo que yo quiera concederos.

Esta es nuestra situación ante el Parlamento.

Refiriéndome especialmente al Senado, de cuya Cámara formo parte, no hay más que fijarse en su constitución para convencerse de las insuperables dificultades de nuestra labor parlamentaria. Aquel es el reducto donde la oligarquía imperante tiene su mejor defensa. Allí, sin contradicción casi, tienen su asiento y más hondas raíces los inveterados prejuicios de la vieja política.

La parte inamovible está formada de un lado por elementos palaciegos, cuya situación les fuerza á un gubernamentalismo á *outrance*, y de otro, por los políticos en *retraite* á quienes la poltrona del Senado sirve de asilo y de premio á la obediencia servil que han venido prestando á los partidos turnantes.

¿Y qué decir de la mayoría de la parte electiva? Elegidos generalmente sin oposición después de un equitativo reparto al formar las candidaturas, allá van los fracasados en las elecciones para diputados á Cortes, los naufragos á quienes el Gobierno quiere recompensar sus servicios, y los caciques máximos de las provincias que tienen á los Ayuntamientos bajo su incontrastable férula. Los aires de fuera no pueden penetrar en el vetusto palacio del Senado. Todo es rutinario, todo tiene una gravedad mecánica. Pero allí, no obstante, si es más difícil una labor positiva, es campo tal vez más

á propósito para la estrategia parlamentaria. Los recursos reglamentarios pueden tener á veces verdadera eficacia, y no seremos ciertamente nosotros, los Senadores solidarios, quienes los desechemos si el Gobierno se empeña.

Y de todos estos recursos tendremos que valernos próximamente. Vamos á discutir la Ley de Reforma de la Administración local, y aquí tendremos que agotar toda nuestra fuerza y toda nuestra habilidad.

Es tan vital el problema que en ella se plantea, que no ha de haber resorte que no se mueva, ni medio á que no se recurra para que encarne en ella lo más esencial de nuestras aspiraciones. Tengo para mí que del resultado de los próximos debates y de la actitud que adoptemos en esta ocasión, depende en gran parte el éxito de la acción parlamentaria de Solidaridad.

Fuera vano contentarnos con meros torneos académicos, descuidando el objetivo práctico que perseguimos. Debemos echar, como vulgarmente se dice, toda la carne en el asador.

En fin, trabajemos todos con fe, que ardimiento no faltará, y alentemos la esperanza de que nuestros esfuerzos no serán estériles.

ALBERTO RUSIÑOL

El Parlamento español es la farsa con que entretienen al país los profesionales de la política. Allí discute, declama, llora, se indigna, se enfurece la pseudo-representación nacional para venir indefectiblemente á aprobar lo que un hombre exige con despotismo á una mayoría dócil que en cada legislatura, por extraño milagro, cambia radicalmente de fisonomía.

Por esto la voz de Solidaridad, salida del pueblo, ha sonado escandalosamente en aquella casa, porque en el campo de las ficciones la verdad escandaliza fari-saicamente á los que de la mentira viven. Sólo ampliando el espíritu de Solidaridad se impondrá la voluntad del país en el Parlamento español y se llegará á legislar según las necesidades del pueblo exijan.

EL BARÓN DE ESPONELLÁ.

No es tarea fácil condensar en breves palabras un juicio respecto á lo que se llama Parlamento español. Tan compleja es su naturaleza, que el análisis de ella podría constituir un libro.

Azcárate y Posada han intentado hacer algo en tal sentido, y Almirall también lo estudió bastante, aunque incidentalmente, en su Memoria en defensa de los intereses de Cataluña, presentada á su majestad Alfonso XII en el año 1885.

Lo que esos señores escribieron podría suscribirse íntegro como de actualidad, con sólo añadir la agravante de que hoy se ha perdido la galanura de formas que cubría antes la interior podredumbre. Hoy el Parlamento no es ya un sepulcro blanqueado; puede compararse á un cadáver pútrido, completamente al des-

cubierto y en el cual se crían los miasmas fétidos que infectan el ambiente nacional.

No soy yo de los que creen que el sistema parlamentario ha fracasado en España; por el contrario, considero que todavía está por ensayar; hasta hoy se ha venido representando una farsa y las Cortes no han sido más que la tapadera de un absolutismo innoble, hipócrita y de baja estofa, que ejerce de hecho el poder por medio de la *Institución ministerial*, usurpadora, en provecho propio, del poder de los Reyes y de la soberanía del pueblo.

Ese régimen despótico, impersonal, desde el ministerio forma á su antojo las Cámaras, dejándolas esclavas de su voluntad, dóciles á su capricho, sin dignidad ni poder, anodinas, nulas, abyectas, convertidas en mero instrumento para cubrir las responsabilidades de los gobernantes; gracias á ello, de hecho, los ministros, por sus actos, como á tales, son más irresponsables que el mismo Rey.

Las Cortes en España *no legislan*, simplemente *aprueban* lo que proyectan los gobiernos; ni tan sólo discuten las leyes: se hace ver, se circula la discusión pública para esperar que los jefes de grupo parlamentario acuerden en la sombra la componenda que ha de pasar luego como enmienda á la ley.

Los jefes de esos grupos, verdaderos oligarcas, reinan y gobiernan á España con absoluto é ilimitado poder.

Las Cortes no son más que el aparador donde cada uno de los jefes oligarcas exhibe su gente, la pone á prueba y la selecciona; es el instrumento que tienen para reclutar sus huestes. Esta es la única misión efectiva de las Cortes españolas; el bien del país y sus necesidades son en absoluto desconocidos de los que se titulan legisladores. La única preocupación de éstos es exhibir sus condiciones para ser el preferido en el reparto del botín en cada campaña por la conquista del poder cuando lo alcance su respectivo partido... si es que puede darse este nombre á las facciones que nos gobiernan.

No hay en España partidos políticos, sino *partidas* de oligarcas que, formando una facción más ó menos poderosa, se distribuyen alternativamente el mando del país; por ello es natural que las Cortes, hechura suya, no sean soberanas en el terreno de los hechos y por lo mismo que no exista verdadero Parlamento.

Un Parlamento es una asamblea de representantes del país, depositaria de la soberanía nacional.

Debe, pues, ser independiente y libre.

Nada de eso ocurre en España, luego no hay aquí verdadero parlamento; el principal mérito de Solidaridad Catalana es el de haber enseñado el camino para crearlo y así comenzar el ensayo real de lo que se ha dado en llamar parlamentarismo.

Los oligarcas que hoy gobiernan, dicen que en España eso es imposible lograrlo, porque no hay suficiente cultura política en el país.

Eso será ó no verdad; si lo primero, confesemos la incapacidad de España para el régimen constitucional y parlamentario; y dando la razón á los absolutistas, retirense de la política esos histriones que sostienen instituciones que saben son imposibles para este país; su insistencia les denuncia á sí mismos como explotadores y farsantes.

Y si es lo segundo, retirense también y dejen el paso libre á la verdadera soberanía nacional, que quiere probar cómo se establece en España un verdadero Parlamento.

Mi opinión, pues, se reduce á lo siguiente:

El Parlamento español no existe ni ha existido nunca; hay que crearlo y ésta debe ser la gran revolución que inicie la Solidaridad para toda España.

J. GARRIGA MASSÓ

El aspecto del salón de sesiones, sus escaños llenos de personas desconocidas, de aspecto respetable unas, con aire de importancia y de valía todas, las tribunas cuajadas de gente, al parecer interesadísima en los asuntos del país, el banco azul con los ministros..., el convencimiento profundo de la responsabilidad que alcanza á cada representante del país, la insignificancia del novato para cumplir con la misión que se le ha confiado, la buena fe con que concurre á cooperar en la obra nacional, lo sinceramente que desea el bien de la patria, el amor á Cataluña, de la que era mandatario en momentos de crítico interés para su porvenir y elegido por un estado de opinión jamás superado por pueblo alguno, hicieron que al sentarse por primera vez en su escaño el novato, sintiera la impresión del anonadamiento.

Transcurrieron las primeras sesiones, ¡qué desencanto! Para quien lo toma en serio, ¡cuánta tristeza! Para un escéptico, hermosa distracción. Para un desocupado, ameno pasatiempo. Para un aburrido, espectáculo sin igual. Para el país, burla sangrienta.

Una mayoría, á cuyo noventa y cinco por ciento se le ha regalado un acta con el compromiso de aprobar *a priori* lo que ignora deberá votar en su día. Oradores de hermosísimo estilo y escasísimo fondo, que á cada párrafo dirigen la mirada á sus amigos que maquinalmente asienten con sus cabezas, ó pronuncian un *bien* si es de alguna talla el que habla, ó un *muy bien* si es de primera línea el perorante, ó baten palmas si se trata de un ministro ó se entusiasman ante la oratoria del Presidente del Consejo. Discursos de nuestros diputados preñados de argumentos, llenos de lógica, sinceros desde su comienzo al final y contestados (?) con cuatro frases huecas, sin rebatir las razones expuestas. ¿Para qué? *Votación*. Voces entre la mayoría preguntando si deben votar *sí* ó *no*, ya que muchos ignoran de qué se trata, sea por haber pasado el rato en conversación con sus vecinos, sea por despacho de correspondencia en sus escaños, ó por estar ausentes del salón hasta el instante en que ha sonado el timbre, timbre que les recuerda el pago de sus actas. Preguntados lo que piensan sus electores sobre el punto concreto de la votación que se verifica; si es conveniente á su distrito la ley que se aprueba; cuál es el criterio de la verdadera opinión pública sobre el

particular que se discute... Son de la mayoría, deben votar con el Gobierno, es su misión, es su compromiso.

Y el novato siente su alma acongojada y con el prohombre inglés exclama: «España es una nación muerta». Pero no, que al salir de aquel ambiente su ánimo se levanta, *espera, tiene fe*, vuelve sus ojos hacia Cataluña, recuerda el movimiento regenerador que ha elegido á sus verdaderos representantes, se entera de que otras regiones siguen su ejemplo, cree en un día en que todo el pueblo español acabará con tanta farsa, y que cuando esto suceda podrá contestar al prohombre inglés: *España ha resucitado*.

PEDRO MILÁ Y CAMPS.

Tiene usted la bondad de preguntarme cuál es la impresión que he sacado yo de las Cortes.

Sin pensar poco ni mucho, porque es en mi opinión hondamente arraigada, he de contestarle que por lo que he visto y *tocado* en el Congreso, creo indispensable que por nuestra liberación patriótica, la minoría de Solidaridad Catalana debe hacer una campaña de radical oposición, *desentonando* desde el primer momento.

En el Parlamento español *desentona* quien no se adapta y no se sujeta á aquella vida.

Las minorías sólo pueden llegar en su oposición hasta cierto punto y límite, porque, según los cánones y hábitos del Parlamento, no es lícito extremar la oposición al Gobierno, sobre todo si éste dispone de una mayoría bastante disciplinada y sumisa para hacer triunfar sus proyectos, aunque sean éstos reconocidamente funestos para el país, porque en casos, como por ejemplo, el del proyecto de azúcares (y son estas palabras del propio Maura), *descontado el triunfo del Gobierno, la campaña de la minoría solidaria sólo tenía esta finalidad: la de molestar á los Diputados y Senadores de la mayoría obligándoles á abandonar su residencia veraniega*.

Desentonar allí es presentar una enmienda, ó hacer una pregunta, sin avisar previamente al ministro, ó sin conferenciar antes con la Comisión que ha dictaminado respecto al proyecto de ley que se trata de combatir ó modificar en parte por medio de las correspondientes enmiendas. En una palabra, que so pena de incurrir en el pecado de *inadaptación*, y como si se tratase de representar una comedia, es preciso pasar por el reparto de papeles y ensayos consiguientes, antes de que se alce el telón. La ficción y el artificio, que es lo que priva en aquel gran Teatro nacional, y que allí se llaman *prácticas parlamentarias*, así lo exigen.

Recuerdo dos actos de la última legislatura, que me han dejado impresión imborrable. Es el primero la acometida brutal de Maura (este es el calificativo que merece el hecho, recordando hoy lo sucedido con toda calma y serenidad), contra los representantes de Cataluña, con motivo de unas palabras de Rodés respecto al proyecto de azúcares, todo lo cual no fué obstáculo, entre paréntesis sea dicho, para ir á buscarles al siguiente día, para decirles muy melosamente,

que si fuesen buenos muchachos aceptaría en lo posible cuantas enmiendas presentasen al proyecto de ley de Justicia municipal.

Es el segundo aquel discurso de carácter... *ameno y chirigotero*, que pronunció el hijo de Pidal y Mon, del que era y creo que es aún, Presidente de la «Sociedad General Azucarera», y cuya... humorada (la de decir que según rumores se habían repartido unos cuantos centenares de acciones entre los Diputados á fin de que fuese ley el proyecto sobre desgravación de los vinos), celebró con grandes risas el Sr. Maura y la mayoría, exteriorizando así la satisfacción que les producía el ver que se volvía la pelota contra los solidarios, por lo de la proposición incidental de Rodrigo Soriano.

Pues bien, si algún diputado se hubiese levantado incontinenti para contestar en la forma *que se merecían* Maura y el marqués de Villaviciosa, ó hubiese respondido más tarde á las marrullerías del primero, volviéndole la espalda, con seguridad que el que de tal modo hubiese procedido se hubiera perdido para siempre, porque el *desentonar*, es en el Congreso pecado mortal imperdonable, y el pecador va sin remedio al fondo de un gran frasco de espíritu de vino alcanforado, de donde no se puede salir nunca más, como dice con mucha gracia un distinguido amigo y compañero.

Y como me explico perfectamente que esta solución, tan desagradable para el individuo, imponga un poco á cualquiera, por eso creo que debería ser la minoría en masa, los cuarenta diputados catalanes los que *desentonasen* en el Parlamento; porque ya veríamos entonces como se las arreglaría el Congreso para ponerlos á todos en conserva.

No es un secreto para algunos, que priva hoy en España una oligarquía de financieros, *cuya fe* en el negocio editorial hace que inviertan una millonada en acciones de la prensa del *trust*; que hace ministros y determina los cambios de situación política á plazo fijo, y explota, por consiguiente, con gran provecho y sobre seguro, todos los monopolios de que padece España, mientras que el pueblo, agobiado por la miseria, tiene que emigrar para no morir de hambre.

¿No sería, pues, obra meritoria y provechosa para el país, que la minoría de Solidaridad Catalana *desentonase* en el Parlamento español, combatiendo por todos los medios imaginables este estado de cosas?

Con seguridad que si así procediesen los representantes de Cataluña en las Cortes, no serían objeto, no, de comentarios desdeñosos por parte de los Urquijos y compañía, porque estos feudales modernos de España son los que privan y combinan y hacen flotar proyectos ruinosos para el país, y tal vez en alguno de ellos, como el mismo del azúcar, podría resultar, bien aclaradas las cosas, que alguna relación guarda lo sucedido con *aquellas espléndidas sesiones* de que tan ponderadamente habla la prensa cortesana y la del *trust*.

Basta recordar solamente que, la «Sociedad General Azucarera», se constituyó de espaldas á lo que es elemental en todo negocio industrial ó mercantil, comprendiendo perfectamente todo el mundo por lo mismo, que la obtención del mo-

nopolio era cosa descontada. Conviene recordar que Maura, que calificó en términos durísimos el plan de Navarrete, cambió más tarde de conducta, protegiendo y defendiendo á todo trance el proyecto de Osma, este proyecto de los azúcares, que en el fondo, digan lo que quieran los que de buena fe defendían el proyecto, sólo venía á satisfacer las concupiscencias de un *trust*. Conviene, pues, recordar todo lo sucedido en esta cuestión, para que se vea si puede estar desprovista de fundamento la sospecha antes apuntada.

Y nada más. He aquí las impresiones que me sugiere su pregunta, y que, falto realmente de tiempo, ha dejado expuestas, sin preocuparse de si la forma resulta desordenada ó incorrecta, su afectísimo amigo y servidor.

J. CABALLÉ Y GOYENCHE.

6

(Extracto del discurso pronunciado últimamente por D. José Puig y Cadafalch, en la «Lliga Regionalista».)

Comenzó diciendo que al acabarse la legislatura había vuelto de Madrid, enfermo y descorazonado de poder trabajar con provecho para Cataluña, entre aquella clase de gente, aquel mundo político, incomprensible para quien no le haya vivido y conocido personalmente. Aquello es una especie de casino que dispone á su gusto de todo un Estado. Es un mundo aparte, que no comprende ni admite nada, ni á ninguno que no sea como ellos. Por eso éramos nosotros allí así como una cosa extraña. Ya que ellos nos examinaron á todos cuando allí habíamos, ya que ellos de todos nosotros hicieron en periódicos y conversaciones la correspondiente pintura ó caricatura, dejadme que yo también los examine á ellos.

El Sr. Puig hizo una crítica extremadamente pintoresca del local del Congreso, de las personas que allí actúan y del modo enfático y retórico con que todos allí procuran hacer resaltar su personalidad, no cuidándose para nada de exponer ideas, discutir cuestiones y resolver problemas interesantes para el país. Allí la mayor parte va á hacer un discurso muy bien hecho, muy bien dicho, con acento muy cuidado para poder lucir únicamente sus personalidades. Al acabar un discurso de los nuestros, por única crítica sólo se oía: «pues ha pronunciado muy bien el castellano», ó bien: «no sabe pronunciar correctamente las ces.»

A pesar de esto, hay que declarar que la Diputación Catalana se impuso de manera tal, que dijo allí dentro é hizo escuchar algunas de las muchas cosas que conviene irles diciendo á aquellos señores: que Cataluña se siente un pueblo diferente de los demás pueblos españoles, sin que esto quiera decir que no desee vivir unida federativamente con todos ellos, constituyendo el Estado español; que Cataluña por causa de esta diferenciación necesita gobernarse autónomamente para resolver una porción de problemas que á ella tan sólo afectan, ó bien la afectan de una manera diferente de los demás pueblos; que todas las diferentes nacionalidades españolas pueden gozar de las mismas ventajas que pide Cataluña, gobernándose según sus peculiares necesidades, sin perjuicio de que todas reunidas constituyan una

Federación de pueblos que tenga una sola representación internacional.

Estas y algunas otras ideas se expusieron allí, que hasta ahora no se habían dicho, y logramos hacerlas resonar por aquellas paredes.

Con una expresión muy justa y con una exposición de una claridad gráfica, explicó el modo como funciona aquella casa, donde se resuelven de la manera más abandonada los problemas que interesan moral y materialmente al país.

— Más de cuatro veces yo me decía: ¿es posible que esto que se está haciendo aquí obligue á nadie? Un señor que lee de modo que nadie lo entiende, gentes que no se le escuchan y uno que dice: «¿se aprueba? — aprobado». Y ya tenéis aprobado un impuesto que afecta á toda una gran parte de la nación, ó una quinta que arranca de sus lares á millares de hombres.

El Sr. Puig, después de explicar otros motivos de su descorazonamiento, indicó que la atmósfera respirada en Cataluña, el auxilio de nuevos compañeros elegidos que recibirá la minoría nacionalista, y singularmente la cooperación personal y valiosa de su estimado amigo Cambó, le habían reanimado para entrar resueltamente en las grandes luchas que se preparan en la nueva legislatura con motivo de los presupuestos y del proyecto de Ley de Administración local.

En esta campaña, como en las anteriores, los diputados de Cataluña pondrán toda su voluntad y todo su entusiasmo para cumplir dignamente el encargo que les hicieron sus electores.

Carta á un sacerdote novel

Reverendo señor:

Heos aquí ya sacerdote; supongo que no es V. de los que al llegar á esta consagración creen cumplido todo su ideal, abandonándose á cierta mística beatitud que creen debe asegurarles la salvación de su propia alma. Si así fuere, habría usted equivocado su vocación; debía V. haberse hecho monje de vida contemplativa.

La vida sacerdotal, en nuestros tiempos y siempre, debe ser vida de gran actividad, vida de apóstol que, como San Pablo, debe hacerse *todo para todos, para ganar á todos para Cristo*.

Si aún estuviese V. á tiempo, le diría: reflexione V., y vea antes si se siente con fuerza para afrontar todos los peligros y aceptar con resuelto corazón los ingratos y penosos trabajos que le esperan.

Mas, en este momento, ya no me cabe suponer sino que V. ha tomado su resolución, sin ilusiones y sin vacilación, sabiendo de antemano que su vida queda sacrificada, desde el punto de vista del bienestar y del reposo.

La idea, en efecto, que es preciso desecharse, como una mentira á la vez que como un veneno, el ensueño que es preciso expeler y menospreciar, es la perspectiva de una vida sacerdotal dulce y tranquila, ocupada únicamente en dar y recibir bendiciones, en recoger sin esfuerzos respetos y homenajes, en percibir y gastar, aunque sea honestamente, los honorarios propios del ministerio.

Todo esto debe rechazarse como una tentación. Nuestra generación no puede contentarse con esto, y, regularmente, tampoco se contentarán con ello las generaciones venideras.

Si la vida humana es lucha y labor, el sacerdocio lo es en más alto grado; y esta es la única condición de sus privilegios y del amor que obtiene. Cuando el clero reposa, el pueblo sufre, y, sufriendo, se desespera.

Todos los bienes sociales provienen del buen trabajo sacerdotal. Y, á la inversa, todos los males vuelven á entrar en la sociedad, á medida que aquel trabajo cesa ó se desnaturaliza.

No porque precisamente estos dos fenómenos sean absolutamente concomitantes; y esta es la lástima. Cuando una generación sacerdotal ha trabajado bien, la generación siguiente puede vivir en gran parte de los recursos amontonados por los antepasados. La abundancia, aún después de haber cesado el trabajo, continúa por algún tiempo, y la inmensa legión de espíritus limitados y estrechos cree que el trabajo efectivo no es necesario para la prosperidad, y que es suficiente un simulacro de trabajo. El renombre y el respeto al cuerpo sacerdotal subsisten aún después de haber éste cesado de merecerlos, porque el reconocimiento á un beneficio se prolonga más allá que éste.

El hijo perezoso, heredero de un padre trabajador y económico, cree que la fortuna es algo que le pertenece de derecho natural, y goza de ella, sin reflexionar que el trabajo es el único que crea y legitima su goce y su posesión. Cegado por este error, su prodigalidad no conoce límites, y muy pronto acaba por disipar la herencia paterna. Su hijo, á su vez, sufrirá todas las angustias y todas las vergüenzas de la miseria, y podía aún darse por satisfecho, si con una vida de trabajo y de privación pudiese reconstituir en parte el patrimonio disipado.

Tal es el símbolo de lo que enseñan todas las páginas de la historia de la Iglesia, y la explicación de lo que va pasando entre nosotros. V. se encuentra con un patrimonio casi del todo disipado. El respeto y la influencia que el clero se había adquirido en los tiempos que siguieron al concilio de Trento han sido devorados por los últimos siglos. Es cierto que, durante el siglo XIX, hubo muchos menos abusos que en el siglo precedente; pero, desde el punto de vista social, la abstención y la esterilidad fueron siempre en aumento. El regalismo que corroía los huesos de nuestros predecesores, les confinó en el fondo de las sacristías á cambio de una miserable protección material; y después, durante la revolución, estos mismos bienes materiales les hicieron blanco de las furias populares. No estamos lejos del tiempo en que consumido todo el tesoro moral, caeríamos en el menosprecio general y en la indiferencia, si no tratamos de reconstituirlo con un trabajo incesante.

Tal es la situación. Es lamentable. Es imposible continuar la rutina; se impone reaccionar y que cada sacerdote se convierta en apóstol, so pena de llegar á la nulidad.

Mas, ¿en qué condiciones debe emprenderse este apostolado? Si no nos proponemos más que continuar lo que hasta ahora se ha hecho, no haremos

más que seguir la fatal pendiente hacia la nulidad, y esto es lo que queremos evitar. Y sin embargo, ni V. ni yo tenemos la pretensión de inventar una religión nueva. Durante cinco ó seis años, ha estudiado V. teología; y poniendo la mano sobre los volúmenes que la contienen, dirá V.: he aquí el tesoro intelectual de la humanidad.

Pero, todas estas doctrinas no son conocidas y comprendidas, ni se ve su aplicabilidad al funcionamiento de nuestra sociedad. Los que gobiernan esta sociedad, los que la administran, los que la nutren con el trabajo, los que la instruyen, los que con la fuerza aseguran la paz, los que hacen justicia, los que estudian para fomentar el progreso, os dirán: «No entendemos vuestro lenguaje, vuestras ideas nos suenan á anacronismos».

¿Qué hacer? — ¿Renunciar á nuestra teología y á nuestra fe? Esta pregunta le hace retroceder de horror. ¿Nos obstinaremos en hablar un lenguaje que ya no se entiende y en pronunciar discursos de una esterilidad secular? Aunque lo quisiéramos, pronto nos convenceríamos de que esto es imposible. La necesidad se impone de hacernos comprender, y para esto es preciso aprender antes la lengua de aquellos á quienes debemos dirigirnos. Pues sería tonto esperar que ellos, espontáneamente, quieran aprender la nuestra.

¿Y cuál es la lengua que habla la multitud que está separada de nosotros? Es la lengua de los negocios, y en general la lengua de la vida: de la vida material antes que todo, porque antes que todo es preciso vivir, nutrirse, vestirse, guarecerse y prever las necesidades materiales de las generaciones futuras. No tengáis por menos de hablar de las cosas materiales; lea V. el Evangelio y vea cómo Cristo envolvía sus altísimas enseñanzas en las parábolas de los jornaleros, de los arrendadores, de un señor, etc.; no os avergüence procurar al pueblo un mejor bienestar material; pensad que Dios se cuida de alimentar á las aves del cielo.

Después de la vida material, nuestra sociedad se preocupa de la vida intelectual, vida exaltada por tantos descubrimientos é inventos científicos, y que, si puede sujetarse á reglas, no reconoce límites á sus investigaciones y á su sed de conocer. Tal vez ninguna clase cuenta proporcionalmente con tantos sabios, como la clase sacerdotal; pero cultivamos la ciencia en el fondo de los gabinetes, y la manifestamos en grandes *infolios*, que sólo leen algunos afortunados.

Es preciso llevar la ciencia al pueblo, en conferencias, folletos, revistas, periódicos; como vemos lo hacen los enemigos de nuestra fe. El día que la sociedad vea que la ciencia humana está en la boca del sacerdote, habrá acabado la leyenda de la contradicción entre la ciencia y la fe.

La sociedad, en fin, habla la lengua de la vida moral, de la que resuena con las grandes palabras: civilización, progreso, libertad, paz, solidaridad, bienestar general, igualdad, fraternidad, unión, etc.

A todas estas cosas, las quiere el pueblo con voluntad incontestable, decidido á arrollarnos antes de dejarse des-
~~pojar de estos ideales.~~

¿Y por qué no serían también nuestros ideales? ¿No son los frutos necesarios y naturales del Evangelio, los bienes que los Profetas habían prometido al anunciar al Mesías? ¿No los hizo esperar el Mesías mismo, al derramar á manos llenas los beneficios materiales á su paso?

Aquí tiene V., mejor dicho, tenemos el verdadero terreno en donde vibraremos al unísono con el pueblo; teniendo sus mismas preocupaciones y sus mismas esperanzas: la abundancia, la paz, la libertad, la justicia, la fraternidad.

Mas, nuestros adversarios que tanto hablan de nuestros ideales—mucho más que nosotros—no tienen los medios de realizarlos y se agotarán en vanos esfuerzos para obtenerlos.

Usted, y todos los sacerdotes que tenemos en nuestras manos, la fuente de estos grandes bienes, ignoramos—confesémoslo con sinceridad—cómo hacer saltar el agua de esta fuente.

Los teólogos del siglo XIX no nos han legado el secreto de hacer brotar de la teología la felicidad terrestre de la humanidad. Y sin embargo, la teología posee este tesoro. Yo lo afirmo con la triple fuerza de mi fe, de mi razón y de mi experiencia. Yo lo afirmo también, porque el Papa León XIII así lo ha dicho y lo ha explicado en sus inmortales encíclicas. Yo lo afirmo porque el mismo Cristo lo ha afirmado, al prometernos todas las bienes como añadidura y consecuencia del advenimiento *sobre la tierra* del reino de Dios y su justicia.

Estudiar cómo la teología se aplica á los intereses generales de la humanidad, estudiar cómo estos intereses encuentran en la teología su solución y su satisfacción, he aquí el primer trabajo que debiera V. hacer. Trabajo que nuestros predecesores no han hecho, y que si lo hubieren hecho no veríamos tantas ruinas á nuestro alrededor; trabajo indispensable, único que puede hacer fecundas nuestras doctrinas y nuestras virtudes; trabajo que será la base de nuestro apostolado y la raíz de nuestra popularidad. ¿De qué nos serviría poseer las verdades inmortales, si no supiésemos exponerlas en la lengua que hablan nuestros contemporáneos? Ocupese usted, ante todo, de esta sublime traducción. Por fortuna y gracias á nuestro sabio y virtuosísimo Prelado, nuestros sucesores en el Seminario, empezarán su aprendizaje desde su preparación en aquel establecimiento.

Al mismo tiempo, empiece V. como nuestro Señor Jesucristo: por pasar haciendo bien, toda clase de bien; lo que equivale á decir: haciendo cesar todos los males. ¡Oh! no espere V. ser inmediatamente recompensado.

Ya hemos visto por qué ustedes recogen una herencia arruinada; á nosotros toca reconstituirla con nuestro sudor y con nuestra sangre, con nuestras lágrimas y con nuestras energías. El clero del siglo XVIII tenía riquezas, honores, prerrogativas de que no se hizo digno. Nosotros no obtendremos el respeto y la estima que merecerán nuestra abnegación y nuestros esfuerzos. *Delicta majorum immeritis lues*. Esta es la ley de la historia, establecida por Dios, y es preciso someterse á ella con la gozosa certeza de las eternas recompensas. Intensifiquemos en nosotros todo lo que en nosotros haya de vocación al martirio,

ó mejor, para una vida de abnegación continua, de labor en apariencia ingrata y estéril.

Nosotros quisiéramos saborear el placer de no tener aquí abajo recompensa alguna, de ser castigados por los demás, de decirnos que haciéndonos sacerdotes hemos entrado en el camino del sacrificio irrevocable.

Sin embargo, yo me engaño: tendremos el consuelo, dentro de algunos años, de entrever la mies dorada, que transmitiremos en herencia á nuestros sucesores. Podamos también transmitirles el gusto y la costumbre del buen trabajo apostólico, gracias al cual cada generación sacerdotal renovaría sus derechos al reconocimiento de los pueblos.

A. PONT Y LIODRÁ

Palma de Mallorca.

La Exposición de Bellas Artes

Internacionalidad barcelonesa

Uno de los caracteres más persistentes de nuestro renacimiento, quizás de todos los renacimientos, es el cosmopolitismo de sus más elevadas manifestaciones sociales. Y se comprende que sea así. Porque un pueblo que renace, un pueblo que, después de varios siglos de obscuridad y desvío, quiere entrar de nuevo en la vida mundial, lo primero que busca es el concurso exterior, procurando darse á conocer en aquellos países cultos entre los cuales quiere figurar de nuevo. Congresos, concursos, certámenes, exposiciones, no significan otra cosa que las distintas maneras de aproximación, de relación, de contacto espiritual. Sucede lo mismo en estos casos que en las amistades sociales ó mundanas; antes de tratarse, de intimar, son precisas las fórmulas de presentación, y por esto Barcelona, de algunos años á esta parte, ha sido una población de recepciones cosmopolitas. Impulsada por su gran anhelo de civilización, ha hecho todo cuanto dignamente podía para inspirar al mundo una simpatía que borrase el recuerdo trágico de crímenes horribles que, si van unidos monstruosamente al nombre de Barcelona, es porque son obra de sus enemigos. ¡Qué emocionante drama el que vemos representarse en nuestra propia casa! Unos bárbaros enemigos que juran y perjuran la muerte de Barcelona, y una ciudad cada día más resuelta, no sólo á vivir una vida de Trabajo y de Justicia, sino también á perfeccionar, á pulir su espíritu en contacto con las naciones civilizadas. Se ha querido crear una sociedad nuestra, castiza, pero ya se ha repetido mil veces que debía ser con vistas á Europa. Y por esto es que, si recordáis las principales etapas de la historia barcelonesa moderna, encontraréis en cada una de ellas una convocatoria internacional.

La de 1888 es una de las más memorables, pues de ella parte la transformación civil que empezó á convertir á Barcelona de aglomeración populosa, pero rústica, en verdadera ciudad. Y ya sabéis lo que realizó entonces este milagro de evolución. Fué una Exposición internacional á la que Europa, Asia y América aportaron los productos de su

latitudes y las manifestaciones de su actividad. Nuestra ciudad fué la primera en solicitar y obtener, entre todas las de la Península, el rango de gran metrópoli, con la visita internacional. Y desde entonces en adelante, las manifestaciones más trascendentales de la nueva Barcelona han revestido siempre carácter cosmopolita. Cuando, por ejemplo, se ha tratado de urbanizar los suburbios y de enlazar armoniosamente la ciudad con las antiguas poblaciones inmediatas, se han convocado á los arquitectos de todo el mundo para proyectar la magna obra de renovación y ensanche. Cuando hemos querido estatuir en materia tan delicada, tan íntima, tan especial como la de las leyes que rigen nuestro idioma, han sido llamados, junto con los nuestros, los sabios filólogos extranjeros, no sólo de lengua latina, sino también de las germánicas y anglosajonas.

Cuando más catalanes más europeos; cuando más barceloneses más universales. He aquí un programa que, con todo su aspecto de novísima expansión, es de práctica tradicional entre nosotros. Barcelona, en su época de hegemonía, había sido siempre una especie de puerto franco para los extranjeros que aquí venían, con el beneplácito y hasta el agradecimiento de los naturales, á ensayar sus artefactos ó á comerciar con sus productos. Y en los primeros siglos de dominación castellana, más de una y más de dos veces habían tenido que meter en cintura, los magistrados populares, á cierta gente mandada por el poder central, para que, con pretextos de ortodoxia, no impidiese la libre residencia de extranjeros a vecindados en la ciudad. Por esto mismo, nos repugnaba como cosa extraña á nuestro modo de ser especial, la pequeñez exclusivista de ciertos apóstoles de principios del actual renacimiento que, predicando la mezquina idea de una Cataluña cerrada á todo viento, concentrada en sí misma, querían hacer de Barcelona una ciudad retraída, menestral y ruralista, en lugar de convertirla en una cosmopolis abierta á todas las corrientes, como corresponde á la capitalidad de un pueblo que, no sólo aspira á ser fuerte por la moderna industria, sino también á educarse y perfeccionarse intelectualmente, para tomar parte é influir en la gestación de las futuras civilizaciones.

Pero, si aquel espíritu pobre no podía prosperar en materia social, mucho menos había de influir en cuestiones de arte, que por más étnico y particularista que aparezca, ofrece siempre caracteres de lenguaje universal. Así se explica el persistente propósito de que todas las exposiciones barcelonesas, aun las más modestas, participaran de elementos y representaciones extranjeros. Pero de aquellos certámenes sólo ha subsistido el recuerdo de alguna obra individual. De los cuadros que vinieron á Barcelona en el año 1888, únicamente los devotos del arte recordarán quizás la sensación luminosa de la *Femme au taureau*, de Roll; de las de 1891 se guarda el recuerdo de un cuadro de Thevenot «Un repós», que ha sido conservado en nuestro Museo de arte moderno, muy visitado y reproducido muchas veces porque, además de su exquisita gracia, hay quien ha querido ver en él, á falta de otro ejemplo más auténtico, una filiación de este impresionismo francés, tan ampliamente representado en la actual Exposi-

ción. En el año 1894, entre un escaso contingente de pintura extranjera, aparecían por primera vez los paisajes crepusculares de Macaulay, de la escuela de Glasgow, que también figuran desde entonces en las colecciones municipales, como única muestra, públicamente conocida hasta ahora en Barcelona, de la pintura importada de Inglaterra. De la siguiente exposición, abierta el 96, el recuerdo que se mantiene más vivo es, junto con las marinas del holandés Mesdag, el de la fantasía simbolista del alemán Franz Stuck. Y de la última, celebrada el 98, poco antes de la pérdida de las colonias, es imposible dejar de mencionar la presentación de numerosas pinturas belgas.

Pero todos estos y otros ejemplares, más que conjuntos representativos del arte de cada pueblo, eran obras aisladas, producciones de individualidades más ó menos distinguidas. En certamen alguno de los antiguos, llegaron á formar aquellos países secciones aparte. Franceses y belgas, holandeses é italianos exponían sus cuadros en confusa mezcla en departamentos comunes que se titulaban «Sección Extranjera». Ni por el número de concurrentes exteriores, ni por la agrupación nacional de sus obras, ninguna de aquellas exposiciones tenía punto de comparación con la que ahora está á punto de cerrarse. No solamente han aumentado en número los expositores extranjeros, sino también en calidad; han subido al nivel de su fama hasta alcanzar la cima en ocasiones. Hoy, entre los artistas que han honrado nuestra convocatoria, se cuentan maestros de renombre universal que no habían concurrido nunca á las exposiciones barcelonesas. Y á su lado figuran celebridades modernas desaparecidas en plena gloria, Manet y Puvis de Chavannes, Rodin y Meunier, Monet y sus compañeros impresionistas, Whistler y Burne, Jones, Dalou y Bartholomé, Besnard y Henry Martin, Brangwyn y Moira, Frampton y Derwent Wood, Falguière y Lagae, Raffaelli y Rassenfossé, Cottet y Simon y Blanche... con una representación más ó menos intensa y característica,

de su personalidad estética, resplandecen actualmente en el Palacio de Bellas Artes.

Desde las exposiciones pasadas, es inconmensurable el camino que hemos andado en este sentido de la internacionalidad. No parece sino que el salto progresivo que representa la manifestación internacional de hoy, marque con nuevas confianzas y nuevas simpatías exteriores, el impulso que estos últimos años ha tomado nuestro despertar social, intelectual y artístico. Porque, nosotros acaso no nos fijemos lo suficiente, por lo próximos que están, en los signos del propio resurgir. Mas, los esclarecidos extranjeros que pasan por la ciudad, éstos, sí, lo advierten, y con insistencia cada día mayor declaran todo el interés que les sugiere el espectáculo barcelonés. La arquitectura nueva, sobre todo, provoca frases de alabanza á cada punto, cuando, al transitar por las calles—único sitio hábil para exposiciones arquitectónicas—contemplan los viajeros ilustres el florecimiento constructor de nuestro tiempo. Pocos meses hace que un artista de renombre europeo, Saint-Saëns, escribía en un diario extranjero, que á la original y potente arquitectura que actualmente florece en Barcelona, sólo le faltaba dos siglos de patina, para ser admirada como un modelo de arte de los que se perpetúan á través de las centurias.

Y en la exposición misma... ¿No tenemos, en la nave central, esta gran agrupación escultórica del monumento al doctor Robert, destinada á memorar la gloria del resurgimiento actual y á perpetuar, al propio tiempo, la excelsitud del genio que semejante obra ha infundido? ¿Ante qué estatua, ante qué plasticidad han de inclinar la cabeza aquellas maravillosas figuras, hijas las más legítimas del arte catalán? Contemplando aquel mundo de imágenes poderosas, uno se siente reconfortado y concibe esperanza para el porvenir. Parece que ellas mismas nos predicán: tened fe, fe para disciplinaros, fe para aprender, fe para sufrir, fe para crear, fe para elevaros á las destinaciones universales.

R. CASELLAS

Los jardines del Renacimiento catalán

Eugenio d'Ors

Los jardines del Renacimiento catalán, ceñidos de almendros en flor y surcados por amplios caminos de rosales estaban silenciosos.

Todos los días el sonreír de la mañana se hacía encantamiento en ellos, y los árboles al peso de las flores se inclinaban hasta besar la tierra, y los rosales se encendían maravillados de verse tan ufanos. Un estremecimiento de añoranza se extendía á lo largo de los bellos jardines y una vida nueva y desconocida palpitaba en el aire.

En tanto seguían su paseo recogido por los senderos floridos los escasos caminantes que habían entrado en ellos. Y al verles pasar indiferentes, y aun desconfiados como si les diese miedo tanta lozanía, los almendros en flor y los rosales encendidos

salmodiaban en silencio su queja. Ellos deseaban que una mano bondadosa les sacudiera largamente y les acariciase con suavidad...

Y los caminantes seguían su camino indiferentes; salían muchas veces de los jardines sin haber visto sus maravillas.

Una mañana, (la luz triunfaba de todas las cosas), entró Eugenio d'Ors sorprendido de aquel milagro de belleza; entró sin vacilaciones llegándose á los almendros en flor y agitándolos largamente; una lluvia de flores blancas adornó los caminos y el aire, un aire suave que oreaba los jardines, esparció por ellos aromas primaverales.

Eugenio d'Ors paseó todo el día recogiendo aquella palpitación de una vida nueva y desconocida que aleteaba en el aire, y al atardecer, — púrpura y oro con que se viste el día moribundo, — sus ma-